

vicción, tan ingénuo y docto al mismo tiempo, tan desligado de convenciones de doctrina, de enseñanzas oficiales, es hijo (ya lo hemos manifestado) del arte de los admirables maestros españoles del siglo XVII; tiene el mismo sentimiento del colorido cálido: el propio amor a las armonías luminosas. Al igual que sus antepasados, quiere el autor ver en la naturaleza, únicamente lo que tiene verdadera importancia, expresar solamente lo esencial, lo definitivo; no insistir más que en lo imprescindible. Conoce la importancia capital de los sacrificios. Como sus antecesores, trata de alcanzar la verdad, y de expresarla sin omisión ni añadidura.

Toda clase de innovaciones, dicho se está, desconcierta. Lo que viene contra las costumbres, la rutina, el medio ordinario de pensar o de vivir, es una mortificación para gran número. Por eso necesitan los aficionados, el público, algún tiempo para entender la obra de Darío de Regoyos, para advertir que es un adelantamiento la evolución que notamos en sus obras. Muchos así lo entienden: con el tiempo serán cuantos se interesan por las cosas de arte.

Pasando la mirada por los grabados que acompañan estas líneas, cabe formar concepto de parte de la extraordinaria labor realizada por Darío de Regoyos. Merced a ellos se verá la diversidad de los temas que le han interesado, y cómo la vida inmediata fué la que le atrajo a reproducirla en sus lienzos. El artista es como un paseante que se detiene un momento para gozar de un espectáculo popular o de un efecto transitorio de la naturaleza. Por esto sus cuadros adquieren un sello distintivo, que nace de la

intensidad con que se trata que se manifieste la impresión que el actor recibiera, y que deseó reflejar sin paliativo, mediante acorde relación de colores.

Esas obras tienen por tal circunstancia la cualidad de aparentar cosas vistas rápidamente, y rápidamente anotadas para conservar íntegra toda la fuerza expresiva que de súbito hiriera al artista. Quizá sea ésta una de las facetas más particulares del talento de Darío de Regoyos, que acierta a impresionarse fácilmente, y sabe traducir con no menor facilidad la impresión que le produjo, ya un violento contraste de luz, ya la suavidad del misterio que esfuma seres y cosas.

Con solo pasar revista a las obras suyas que reproducimos, es dable comprobarlo. Diversiones populares y ceremonias religiosas, paisajes y marinas se ve que adquieren valor de arte en la producción pictórica que las evocan, gracias a la emoción con que fueron vistas. He ahí, pues, cuanto nos ha sugerido la labor, ya copiosa, del artista independiente, que da el ejemplo de haber mantenido en toda ocasión sus convicciones, y de marchar resueltamente por donde considera que no contradice su personalidad. Resultado de la convicción que tiene de que su credo artístico podrá no ser sustentado por los demás, pero que, en realidad, es el que cuadra a su idiosincrasia artística, son la multitud de pinturas suyas en que la individualidad del pintor es bien categóricamente puesta de manifiesto. Ser personal, y mantener la personalidad aun a costa de sinsabores, ha sido lo que se ha impuesto el artista a todo trance.

PABLO LAFOND.

BIBLIOTECA NAC. MEXICO

